

Turkle, Sherry. *Alone together: why we expect more from technology and less from each other?* New York: Basic Books, 2011. 360 p. ISBN: 978-0-465-01021-9.

El nuevo libro de la psicóloga y socióloga estadounidense que pone en foco nuestros vínculos personales a través de las tecnologías requiere ser valorado en contexto. En primer lugar, en el contexto de algunas recientes publicaciones de conjunto sobre la cultura digital con las que comparte una mirada nostálgica y crítica. Un ejemplo claro sería *The shallows: what the internet is doing to our brains* (2011), de Nicholas Carr, sobre los efectos de internet en la cognición. En segundo lugar, hay que situar a *Alone together* en la propia producción de Turkle, profesora del MIT que se ocupa de la relación entre tecnología y *self* desde hace treinta años. Es inevitable comparar este libro con otro de su misma autoría de 1995: *La vida en la pantalla. La construcción de la identidad en la era de internet* (edición en español de Paidós), que lidiaba en forma optimista con las posibilidades de experimentación de los chicos con su identidad a través de avatares y *nicks* en el *chat*. Como la propia Turkle se ocupa de recordarlo en una conferencia TED (02/19/11): en una década eufórica con las posibilidades democratizadoras de la red y de los nuevos dispositivos, aquel libro fue recibido con tal entusiasmo que llevó a la autora a la tapa de la revista *Wired*. Diverso es el clima espiritual de *Alone together*. Así las cosas, decanta la pregunta por los cambios comportamentales en las personas observadas o de perspectiva del observador

que se deslizan entre uno y otro libro. Y la pregunta es más relevante si se considera al texto, según mi hipótesis, como parte de un incipiente movimiento hacia una actitud más distanciada respecto de las costumbres sociales de los *hard consumers* de tecnologías, de parte de académicos familiarizados con el tema.

El libro responde a la pregunta acerca del cambio acontecido en la visión de la autora, ya que Turkle recurre permanentemente a sus investigaciones anteriores y *Alone* recoge observaciones de los quince años que pasaron entre este libro y el anterior. La obra, de hecho, parece reunir dos investigaciones de etapas diversas. Una referida a la relación de las personas con los robots sociales, artefactos con los que interactúan lúdicamente como con seres vivientes —como podría ser el “Tamagotchi” — o auténticos robots antropomorfos diseñados para asistir a enfermos o “acompañar” a ancianos. Este tema ocupa la primera parte del libro (“The robotic moment”) y puede considerarse continuación de su primera obra: *The second self: computers and the human spirit* (1984). La segunda investigación, más extensa y reciente, se refiere a la comunicación interpersonal de los jóvenes a través de diversas plataformas de mediación, como los juegos de rol, los sitios web de confesiones personales, las redes sociales y fundamentalmente, el uso del celular (segunda parte del

libro: “Networked”). Los hallazgos tienen una evidente base empírica: en la introducción la autora afirma que consultó más de 450 personas con varias técnicas de observación de campo y de estudios clínicos, pero estos hallazgos son comunicados en un libro ensayístico, en el sentido de poco sistemático, sin presentación completa del diseño de la investigación y de la documentación respaldatoria.

“Las computadoras llevan la filosofía a la vida cotidiana”, afirma Turkle y argumenta: los chicos se preguntan si sus juegos computacionales están vivos o si las computadoras piensan, aunque de forma distinta que los hombres. El libro tiene el mérito de mirar con actitud filosófica la experiencia que surge de las historias de vida de los jóvenes informantes. Un corte en el flujo de los hábitos de adopción de nuevas tecnologías, que se presentan como necesarios, operado por medio de una mirada extrañada e insatisfecha con esa aceptación acrítica.

“Parecemos determinados a darle cualidades humanas a los objetos y contenidos de tratarnos entre nosotros como objetos”, afirma Turke en varios pasajes. Esta aseveración tendería un puente entre las dos partes del libro, aunque la unidad entre los estudios, con distinto objeto y de distinta época, resulta algo forzada. Desde el punto de vista de la comunicación científica también es objetable la elección de un estilo meramente testimonial, hilvanado por la propia subjetividad en vez de la construcción de categorías, para elucidar el clima cultural que permea por las diversas

entrevistas citadas. Las observaciones más fundamentadas y agudas guardan relación con el empleo de los mensajes de texto como forma de comunicación entre los jóvenes que, en mi opinión, es el mayor aporte del libro, apto para una profundización desde la teoría de la escritura.

En ese terreno Turkle diagnostica que “tememos los riesgos e incomodidades de las relaciones con las personas”, que “nuestra vida en red nos permite escondernos unos de otros”, que los chicos no se llaman por teléfono para no revelar demasiado de su estado anímico y porque el texto siempre permite recuperarse a solas de la información impactante recibida y preparar la respuesta, por escasa que sea la pausa. Sobre esto se suceden ricas observaciones sobre la desaparición del cuerpo y de los matices de la voz en la comunicación interpersonal. Los adolescentes —sostiene Turkle— tienen la sensación de no haberse comunicado luego de horas de conexión. Pero duermen con el celular y saben que los están llamando aunque no tengan el teléfono consigo. Se trata de la primera generación que crece con la expectativa de una conexión permanente. Sin embargo, la conexión no es conversación: *We'd rather text than talk*.

Más conocido es lo que encuentra Turkle sobre el uso de las redes sociales por parte de los adolescentes (en la Argentina, Roxana Morduchowicz ha estudiado esta relación y una síntesis de su investigación se puede leer en: *Los adolescentes y las redes sociales: La construcción de la identidad juvenil en internet*, Buenos Aires,

Fondo de Cultura Económica, 2012). En Facebook no hay precisamente “amigos” sino más bien seguidores, como se llaman en Twitter: “fans”. Cuando un chico se comunica con varios otros a la vez, los individuos son tratados como “unidades”. El individuo que trata a las personas como objetos es vulnerable de verse a sí mismo como objeto.

En las redes sociales la exploración de la propia identidad es simultánea con su expresión. Las emociones se comunican antes de estar enteramente formadas, ya que compartir emociones es parte de descubrirlas. El armado y rearmado del perfil como labor de construcción de la identidad da a conocer lo que les gustaría ser en la vida real: como son *on line*. Poca conciencia tienen los chicos del alcance de la expresión de la propia intimidad por más

que sea ficcional y el uso que se le pueda dar a los textos o fotos que se suben a la red y que ya nunca bajan de ahí. En internet, dice la autora, “delete” es un verbo metafórico.

Este estar en contacto permanente con todos, desde la materialidad de una soledad insufrible parece el signo de la conexión de los jóvenes. Aboga Turkle por la recuperación del espacio liminal de la adolescencia como lugar de descubrimiento de la propia identidad. La capacidad perdida de estar solo y pensar lo que se va a decir antes de decirlo o reflexionar sobre las propias emociones antes de compartirlas. El educador puede sacar provecho de este libro, pues él tiene mucho para contarles a los adolescentes sobre el valor fundacional de la soledad.

Damián Fernández Pedemonte

Escuela de Posgrados en Comunicación, Universidad Austral y CONICET, Buenos Aires
dfernandez@austral.edu.ar

